

## **La Jugada Ártica**

Por Avetis Muradyan · 24 de febrero de 2025

### **Fortaleza Norteamérica: Por qué los destinos de Canadá y EE. UU. se forjarán en el Ártico**

“Afortunadamente, tenemos tal hogar, un hogar espacioso e inmaculado preservado para nosotros por la historia: el Noreste ruso. Dejemos de intentar restaurar el orden en el extranjero, mantengamos nuestras manos imperiales rapaces lejos de los vecinos que quieren vivir sus propias vidas en libertad y volquemos nuestro celo nacional y político hacia las extensiones indómitas del Noreste, cuyo vacío se está volviendo intolerable para nuestros vecinos ahora que la vida en la tierra está tan apretada.”

— Aleksandr Solzhenitsyn, Desde Debajo de los Escombros (1974)

Mientras Trump, Musk y Vance proceden con la destrucción en cadena de las burocracias que sustentaron el imperio estadounidense desde 1945 hasta hoy, no puedo evitar volver a este pasaje profético de Solzhenitsyn. Cuando se disolvió el Pacto de Varsovia, lo hizo voluntariamente una Unión Soviética exhausta y agotada que ya no veía el sentido de mantener un imperio mediante artificios interminables. Hoy, Rusia se dirige hacia un nuevo futuro en el Noreste.

Quizás, las ambiciones de Trump hacia Canadá, Groenlandia e incluso el Canal de Panamá tengan sus raíces en un instinto para evitar el destino de Rusia después del colapso de la Unión Soviética. Forman fronteras continentales naturales y defendibles, que fallaron a Rusia en 1991.

Con el fin de la guerra en Ucrania ahora inminente, la retirada del Imperio Americano Globalista, que representaba el equivalente occidental del Pacto de Varsovia, se está acelerando. El apoyo público se ha derrumbado más allá de la reparación. Ya no hay apetito por parte de los estadounidenses por los proyectos retorcidos de la nomenklatura estadounidense. Al igual que los rusos en la década de 1980, quieren un nuevo comienzo. Las naciones son a menudo víctimas de su propio éxito. Las instituciones de la Guerra Fría lograron lo que fueron construidas para lograr. La OTAN mantuvo fuera a la Unión Soviética, la UE mantuvo a Europa en paz, y NORAD y NAFTA mantuvieron a Norteamérica segura y próspera. Ha llegado el momento de recalibrar. Con un nuevo orden político emergiendo en EE. UU. y la élite Laurentiana en Canadá en camino de salida, ahora es el momento de dirigirnos hacia un nuevo futuro en la vasta extensión del Norte.

### **El Mapa no es el Territorio**

Las propuestas del presidente Trump de comprar Groenlandia y “hacer de Canadá el estado número 51” reflejan el reconocimiento de que la Tierra es un globo, y no un plano, y que el control sobre el Ártico es la clave para la geoestrategia del siglo XXI. Debido a que los principales puntos conflictivos geopolíticos contemporáneos están en el Pacífico en Taiwán y a través del Atlántico en Ucrania, tendemos a imaginar a China y Rusia como Grandes Potencias al Este y al Oeste de los Estados Unidos. Pero China y Rusia están mucho más cerca como nuestros vecinos del norte.

En Canadá, aunque los medios políticos nacionales aún no se han puesto al día, una sólida red de expertos internacionales —biólogos, oceanógrafos, antropólogos, lingüistas y politólogos— se centra en el Ártico.

En 2008, Canadá bajo el primer ministro Stephen Harper lanzó un Programa Nacional de Construcción Naval, que incluía un importante Proyecto de Rompehielos Polar. Se planea comisionar 15 destructores clase River destinados al servicio en el Ártico en la próxima década. CCGS Naalak Nappaaluk, un buque insignia de investigación oceanográfica e hidrográfica, fue lanzado en 2024 para ayudar en el estudio del cambio climático en el Ártico. Mientras tanto, la Universidad de Yukon fue elevada en 2020 de una escuela vocacional en Whitehorse para formar parte de la Universidad del Ártico, una red de instituciones de investigación bajo el Consejo Ártico. La institución ofrece un programa de licenciatura en Estudios Circumpolares que capacita a cuadros destinados a fomentar el desarrollo económico.

En 2013, el Nordic Orion transportó 73.000 toneladas de carbón desde Vancouver a Finlandia a través del legendario Paso del Noroeste en lugar del Canal de Panamá, recortando 1.000 millas náuticas del viaje habitual. En 2024, 18 barcos tomaron el Paso del Noroeste. El proyecto del puerto de aguas profundas de Grays Bay fue revivido el año pasado para dar servicio a los buques que transitan por la ruta comercial. La instalación está situada junto a grandes depósitos de cobre, zinc, oro y plata, y es el primer puerto de aguas profundas en conectar el Océano Ártico con el resto de Norteamérica continental por carretera. A medida que el calentamiento global provoca un retroceso de los casquetes polares, la ruta se volverá cada vez más práctica y el tráfico aumentará.

En 2016, el gobierno chino publicó la Guía de Navegación Ártica para barcos que transitan, no solo el Paso del Noreste, que atraviesa aguas territoriales rusas, sino también el Paso del Noroeste, que atraviesa aguas estadounidenses y canadienses. El gigante naviero chino COSCO ha declarado su interés en abrir la ruta para el transporte marítimo comercial. En las traicioneras aguas del Océano Ártico, se están trazando líneas de batalla.

De repente, una visión ambiciosa del futuro de Canadá en el Ártico ha surgido de una oscura red de instituciones, grupos de expertos, universidades y oficinas gubernamentales. El defensor más vocal del proyecto ha sido Irvin Studin, un científico geopolítico ampliamente respetado. Studin ha esbozado una visión que se asemeja a la ficción especulativa. En particular, ha pedido repetidamente que se traslade la capital canadiense de Ottawa a Whitehorse para situar a Canadá “dentro de Asia a través del Ártico”. Whitehorse se convertiría en la Singapur del Norte, un punto de encuentro conveniente donde las partes mutuamente interesadas podrían cerrar grandes acuerdos. Whitehorse está a 8 horas de San Petersburgo, a 7 horas de D.C. y a 8 horas de Pekín.

Así como se hicieron vastas fortunas en la fiebre del oro de Yukon hace 150 años —incluida la fortuna de la familia Trump—, nuevas fortunas surgirán del Ártico. Según Studin, ciudades como Whitehorse se convertirán en los motores culinarios, artísticos, culturales y tecnológicos de los próximos dos siglos. Pide un asentamiento de 10 millones de habitantes en el círculo polar ártico canadiense junto con otros 20 millones en el períártico —un enorme

aumento de los 140.000 residentes que tiene hoy, comparable —dadas las condiciones climáticas extremadamente inhóspitas— a un proyecto para colonizar Marte.

### **La Situación Estratégica en el Ártico**

Visiones especulativas aparte, Canadá pasó por una década perdida bajo el primer ministro Justin Trudeau, paralizado por la sobrerregulación, los errores de adquisición, la deferencia sin sentido a UNDRIP y una escasez crónica de capital, mano de obra y voluntad política.

Mientras tanto, al otro lado del Polo Norte, Rusia profundizó su posición.

En la década de 1980, la Unión Soviética ya construyó grandes instalaciones, incluso ciudades en el Ártico, en consonancia con una doctrina de mantener una presencia estratégica agresiva en su región norte. Pero la Rusia moderna ha superado la postura soviética. La Flota del Norte, con base en Murmansk en el Círculo Polar Ártico, es la fuerza naval más poderosa de Rusia, que incorpora submarinos nucleares, rompehielos, fragatas armadas con hipersónicos, escuadrones de aviación naval y tiene como buque insignia un crucero de batalla clase Kirov, el combatiente de superficie más grande del mundo. La flota simboliza la comprensión estratégica de Rusia como una potencia global que se extiende desde Europa a través de Asia Central, hasta el Lejano Oriente y, sobre todo, en el Ártico. La Flota del Norte no tiene paralelo en proyección de poder: ni EE. UU. ni Canadá tienen fuerzas opuestas comparables en el Ártico. (La Real Armada Canadiense, por su parte, es actualmente una armada de aguas marrones de facto incapaz de lanzar operaciones importantes sin la asistencia de la Armada de EE. UU.).

La comparación entre Canadá y Rusia es instructiva: Canadá se ve empequeñecido en todas las medidas. El proyecto del puerto de aguas profundas de Grays Bay puede haber sido finalmente reiniciado después de una década de revisiones ambientales, pero Rusia ya cuenta con numerosos puertos de aguas profundas en todos sus territorios árticos. Junto con el puerto de Murmansk, equipado para manejar 24 millones de toneladas de carga al año, Rusia tiene el puerto de Arkhangelsk, que maneja 6,6 millones de toneladas al año, con una expansión planificada para permitir 50 millones de toneladas al año. Murmansk y Arkhangelsk se complementan con tres puertos comerciales importantes: la terminal de exportación de GNL de Sabetta (una empresa conjunta con la francesa Total y la Corporación Nacional de Petróleo de China), el puerto de Pevek con una nueva terminal programada para estar operativa en 2026 para manejar el tráfico durante todo el año, y el puerto de Dudinka, que se utiliza para enviar el producto del cercano complejo Norilsk Nickel, el mayor productor mundial de níquel refinado. En total, Rusia tiene 13 puertos de aguas profundas que dan servicio a la Ruta del Mar del Norte.

La ventaja más significativa de Rusia es su enorme flota de rompehielos nucleares operados por la empresa estatal Atomflot. Ninguna otra nación tiene rompehielos nucleares. La URSS operó en su apogeo 4 rompehielos nucleares clase Arktika, Rusia opera actualmente 8, con otros 4 programados para entrar en servicio para 2030. Estas enormes inversiones en construcción naval están dirigidas hacia objetivos comerciales prácticos y expansionistas. Atomflot anunció que se enviaron 37,9 millones de toneladas a través de la Ruta del Mar del Norte en 2024 con la ayuda de su flota de rompehielos nucleares: la cifra más alta jamás

registrada. Incluso con las sanciones occidentales a Rusia vinculadas a la guerra en Ucrania, la holandesa Shell, la francesa Total y la española Naturgy continúan recibiendo envíos desde la terminal de GNL de Sabetta gracias a Atomflot: el 77% de los envíos desde el puerto fueron escoltados por rompehielos nucleares. En una maravilla tecnológica, la empresa matriz de Atomflot, la estatal rusa Rosatom, lanzó Akademik Lomonosov en 2019, la única planta de energía nuclear flotante del mundo. Fue enviado a Pevek para reemplazar la planta de energía local fuera de servicio.

Es fácil cometer el error de analizar el poder ruso mediante métricas establecidas por soviólogos hace medio siglo. Pero las dimensiones del poder ruso son distintas. La capacidad de Rusia, en particular, no solo para resistir las sanciones internacionales punitivas sin mucho dolor, sino también para coordinar una compleja coreografía estratégica en el Ártico, donde está desarrollando una ventaja tecnológica y comercial, revela la imaginación estratégica de Rusia, una imaginación de la que Occidente en general carece.

Una divergencia clave de la geoestrategia soviética es que la colaboración ruso-china en el Ártico es ahora una dinámica dominante. China se ha declarado oficialmente una nación "cercana al Ártico". Las patrullas conjuntas de bombarderos chinos y rusos que zumban NORAD y obligan a EE. UU. y Canadá a luchar por las intercepciones son ahora una característica estándar de las actividades militares globales. Esa relación se está profundizando rápidamente: en 2024, la Guardia Costera china entró en aguas rusas para realizar ejercicios conjuntos en el Ártico por primera vez.

La cooperación militar rusa y china sigue a una relación económica en la que Rusia se convierte en el principal socio en el suministro de energía y minerales a la base industrial china. En este contexto, la ruta del norte no solo es ventajosa porque es más corta, sino también porque, a diferencia del Estrecho de Malaca o la Bahía de Bengala, no se puede bloquear. En cualquier confrontación de grandes potencias, el poder naval y la capacidad de transporte marítimo comercial son medidas críticas de poder. China tiene 232 veces la capacidad de construcción naval de Estados Unidos.

Studin, por su parte, analiza la situación en el Ártico desde la perspectiva de Canadá a lo largo de cuatro vectores: América, China, Rusia y Europa (ACRE), cuya interacción y contradicciones inherentes definen el estado de juego geoespacial. Canadá, por su parte, depende funcionalmente de Estados Unidos hasta el punto de que ya constituye un vasallo de facto. Mientras que EE. UU. proporcionó términos comerciales favorables y asumió la defensa de Canadá, también tomó el control de la autonomía comercial estratégica de Canadá. Con el acuerdo USMCA dictado por Trump, ya se ha acordado implícitamente la anexión.

Aunque la élite liberal de Canadá puede enfurecerse ante la propuesta de Trump de un estado número 51, es el siguiente paso natural a las políticas que han defendido explícitamente. Si la seguridad y la prosperidad económica de un estado dependen de un estado extranjero, ese estado ya no es soberano.

Si finalmente se produce la anexión, Estados Unidos heredará el marco estratégico y los compromisos de Canadá para gestionar el espacio global del Océano Ártico y contrarrestar

la interacción desfavorable y peligrosa de intereses en su “Frente Norte”. Se requerirán recursos significativos para asegurarlo. Estados Unidos también heredará lo mejor del personal de Canadá involucrado en sus ambiciones árticas, que pasó las últimas dos décadas construyendo silenciosamente una rampa para el dominio norteamericano en la región.

### **La Fusión del Siglo**

Canadá es un lugar difícil de comprender para los estadounidenses debido a lo similares que parecen los países. Fundamentalmente, Canadá y EE. UU. son naciones “proposicionales”, excepto que la propuesta en EE. UU. es para el pueblo estadounidense, y en Canadá, es para la élite. Canadá, en verdad, se trata de 500 familias, y todos los demás son extranjeros. La cultura canadiense solo existe en sus instituciones de élite (las corporaciones de la corona, la CBC, los servicios civiles y extranjeros, el complejo parlamentario, las universidades —las tres—) donde una élite bilingüe gobierna a través de una variedad de mascaradas diseñadas para mantener a los paletos anglosajones y franceses lejos del poder. El mayor obstáculo en la futura anexión de Canadá es, por lo tanto, probablemente psicológico.

Los impulsos más patológicos de su élite actual siempre estuvieron presentes en el ADN del estado canadiense. Canadá siempre ha sido, fundamentalmente, una nación de perdedores y nostálgicos, cuyas conciencias nacionales fundacionales tienen sus raíces en la derrota. En el caso de Quebec, el momento fundacional es la derrota de 1759, en las llanuras de Abraham, ante los británicos. El lema de Quebec hasta el día de hoy —estampado en cada matrícula— es “Je me souviens” (“Recuerdo [el abandono francés de Quebec]”). La anglo-Canadá, por su parte, fue fundada por leales estadounidenses anclados en la preocupación de evitar otra insurgencia que los despojara y una sensación concomitante de servilismo al Imperio —primero británico, luego estadounidense—.

La llegada de la democracia parlamentaria británica en la década de 1830 tras una revuelta en Quebec fue acompañada por un intento temprano de reemplazo de población de los franceses mediante la inmigración masiva de las Islas Británicas. Del mismo modo, la fundación de la Confederación Canadiense a finales del siglo XIX se construyó en torno a la supresión de la Rebelión Métis en las praderas y la inmigración masiva de Europa Central para establecer un reclamo duradero sobre el oeste de Canadá contra las ambiciones estadounidenses en la región.

Las importantes oleadas de inmigración a Canadá se compusieron en gran medida de los elementos derrotados y reaccionarios de todos los rincones desafortunados del mundo: emigrados realistas franceses después de la Revolución Francesa, rusos blancos después de la Revolución Rusa, polacos apátridas, ex combatientes de las SS ucranianas (hay una camarilla de monumentos a la 1ª División de Galitzia de las SS por todo Canadá), taiwaneses asociados al KMT en las décadas de 1960 y 1970, maronitas libaneses en las décadas de 1970 y 1980, emigrados de Hong Kong británico en la década de 1990, separatistas khalistaníes, etc. Canadá siempre ha sido el país donde las causas perdidas encontraron una segunda vida: una nación proposicional donde los elementos derrotados de todo el mundo podían reunirse y ser absorbidos por un país próspero y pacífico gobernado por una oligarquía ampliamente negligente e intermitentemente brutal.

Canadá es un país más profundo que EE. UU., donde la oportunidad de reinventarse es un don divino. Católico o protestante, francés o inglés, indígena y no indígena, quebequense o albertense, todos tienen niveles de significado en Canadá que son incomprensibles en EE. UU. El deseo de los elementos reaccionarios que apuntalan la política canadiense siempre fue que siguieran viviendo como siempre lo habían hecho, manteniendo su sentido de jerarquía y distinción. El resultado final de este conservadurismo chestertoniano adormecido de pastel de manzana es la odiosa oligarquía de Trudeau.

La dimensión psicológica de esta realidad hace que la anexión propuesta por Trump sea un proyecto desafiante. Canadá es la segunda masa terrestre más grande del mundo, que abarca tres océanos. Tiene dos idiomas oficiales, dos sistemas legales distintos, 70 idiomas indígenas diferentes, una variedad de tratados entre la Corona y las bandas (y también una ausencia de tratados), 10 provincias y 3 territorios, con 13 ministerios diferentes de educación y salud, un extraño sistema ferroviario que une el este y el oeste con el centro, pero no entre sí, una economía dominada por las exportaciones de recursos naturales, las corporaciones de la corona y los bancos cuasiestatales, con 40 millones de personas que viven principalmente a 100 km de la frontera con EE. UU. La heterogeneidad inherente (y la disfunción) del estado canadiense es un obstáculo difícil de superar para la anexión, especialmente con una carrera inminente hacia el Ártico.

---

La oligarquía de Trudeau, que ha llevado al país al borde del desmembramiento, se encuentra ahora en sus últimos estertores y más frágil que nunca. El dominio de décadas de la élite Laurentiana sobre el país ahora podría, en principio, hacerse añicos en cualquier momento y, desafortunadamente, Canadá podría irse con él. La anexión sería un sueño hecho realidad en comparación con el escenario de pesadilla de 13 estados residuales disfuncionales.

Toda la estructura del estado canadiense fue diseñada para trasladar el poder y la riqueza de la periferia al centro en Ottawa, Toronto y Montreal. Por esta razón, es poco probable que el país pueda sobrevivir a un desafío serio en su forma actual. Una guerra comercial con EE. UU. sería la crisis política más grave desde la Segunda Guerra Mundial, y el Canadá liberal es un régimen sin leales.

Las opciones que enfrentan 40 millones de canadienses son simples: reinventar el país o desaparecer.

La esencia del asunto es que Canadá como estado no ha tenido razón de ser desde la década de 1940 con el fin del Imperio Británico. La élite Laurentiana intentó diseñar un estado Frankenstein desde los años 60 hasta los 90 con una cultura artificial que fracasó estrepitosamente. Trudeau es simplemente la iteración final de este proyecto fallido. Canadá todavía no tiene razón de ser. Necesita una.

El Ártico proporciona una respuesta. Con la inminente crisis a punto de barrer el país de costa a costa, la oportunidad para el emprendimiento político está aquí, y el Ártico es clave. Ya se está gestando una reacción contra la coalición de Trudeau (y sus subsidiarias a nivel provincial). El acuerdo actual consiste en canadienses ancianos y sinecuras gubernamentales que extraen riqueza de la juventud de Canadá a través de la crisis de la vivienda, una carga

de deuda insostenible y una inmigración descontrolada utilizada para aplastar los salarios y una tributación confiscatoria que quita lo poco que queda. Esta realidad se está quedando sin camino.

El Ártico como proyecto nacional se opone a todo lo que representa esta coalición. Requiere construir en lugar de explotar. Requiere estrategia y coordinación en lugar de inercia.

Requiere un espíritu de aventura en lugar de miedo y servilismo. Devuelve a Canadá a lo mejor de su conciencia histórica. Las figuras del coureur des bois, el aventurero de la Compañía de la Bahía de Hudson, el minero de Yukon, el colono de las praderas y el marino del Atlántico, todos encuentran una nueva expresión en el proyecto nacional ártico.

El Ártico es la respuesta al futuro de la relación de Canadá con Estados Unidos. Un Canadá poderoso y próspero, capaz de defenderse y afirmarse, manteniendo el “flanco norte” de Estados Unidos, es una visión mucho más atractiva para el orden político emergente en Estados Unidos que el vestigio de la América del Norte británica.

La apertura de la frontera norte creará nuevas oportunidades para profundizar la relación entre EE. UU. y Canadá y, en última instancia, sentará las bases de una nueva conciencia continental. La domesticación del Ártico es un desafío técnico, político y estético enormemente ambicioso en el que la vida deberá reinventarse desde cero. Se deberán construir enormes rompehielos nucleares, se deberán soñar ciudades enteras, se deberán erigir puertos e instalaciones marítimas y se deberán cavar pozos en lo profundo del hielo ártico. El capital, los ingenieros, los científicos y los aventureros estadounidenses deberán ser parte de este esfuerzo prometeico. Aquí está la bifurcación en el camino.

Avetis Muradyan es director de tecnología y experto en mercados emergentes con sede en Singapur. Es graduado de la Universidad de Columbia Británica en Ciencias de la Computación y Literatura Inglesa. Se le puede seguir en @AvetisMuradyan.